

ÍNDICE

PRÓLOGOS.....	11
Hablamos el mismo baloncesto Zeljko Obradovic	
Valentía y atrevimiento Ricard Casas	

INTRODUCCIÓN

27 enero 2006, Madeira	13
1994 De Menorca a la NCAA	15
1995 El Salvador: la lección de los Embajadores de Cristo	27
1996-1997 Puerto Rico: la mayor sorpresa de la historia	45
1997 Mexico: el riesgo como lema	59
1998 Venezuela: la Caldera del Diablo	63
1998 Serbia: los secretos de Zeljko	71
1998-99 / 2000-2001 Mexico lindo: del terremoto a la <i>backdoor</i> mexicana	79
1999-2000 CBA: el equipo con más talento	87
2001-2004 Rosalía y CB Tarragona: operación rescate sin dinero	97
2004-2005 De Africa a Madeira	105
2005-2006 Portugal, segunda parte: el sueño de Europa	111

INTRODUCCIÓN

27 de enero de 2006, en Madeira

Ha sido realmente duro y difícil entrar al vestuario a felicitar al equipo por el esfuerzo realizado. Los jugadores están exhaustos, abatidos. La mirada no está perdida pero todos tienen los ojos vidriosos... Yo también. Acabamos de ganar a los griegos del Olimpia Larissa por 18 puntos en el partido de vuelta de los cuartos de final de la competición europea... ¡y acabamos de quedar eliminados!

Me dirijo al vestuario contiguo para encontrarme con Joao y Borja, mis ayudantes. Ni hablamos ni nos miramos. Arrancamos a llorar emocionados.

A la cabeza me vienen mil imágenes y recuerdos desordenados a gran velocidad: lugares, equipos, jugadores, jugadas, viajes, maletas...

Pero la temporada sigue, y además con un nuevo reto por delante: Jordi y Julián me han propuesto que resuma en un libro los ya casi doce años de mi carrera como entrenador, la mayoría de ellos en el extranjero, y he aceptado. No creo que vaya a ser fácil no olvidarme de nada, pero me han prometido ayudarme y me he lanzado a conseguirlo. Espero que el resultado sea satisfactorio y que mis experiencias sean interesantes

para los lectores de esta excelente BIBLIOTECA DEL BASKET ZONA131. Jordi y Julián me han propuesto titularlo *Preparado para viajar*, el mismo título que muchos años atrás puso a su biografía Jim McGregor, uno de los grandes trotamundos de la historia del baloncesto. Y como no creo que se moleste por ello, me ha parecido bien tomárselo prestado.

No es que mi ilusión fuera estar siempre preparado para viajar. Pero cuando decides ser entrenador profesional no queda más remedio que estar dispuesto a hacerlo. Así ha sido mi vida desde que en 1994 decidí dejar Tiana y el increíble *mundillo* del baloncesto badalonés para hacer realidad mi sueño: ser entrenador y ganar entrenando.

P.C.

1994 DE MENORCA A LA NCAA

La primera vez que hice las maletas como entrenador fue en 1994, pero para un viaje de apenas media hora en avión: de Barcelona a Menorca.

Aunque había acabado la carrera de Historia Contemporánea, la decisión de intentar convertirme en entrenador profesional estaba tomada. El entrañable e inolvidable Toni Pons (e.p.d.) y Xavi Jané me habían propuesto hacerme cargo del Ferrerías, equipo de la entonces Primera Autonómica, así como de la dirección del club. Aunque esa temporada quedamos campeones de Copa y subcampeones de Liga, lo más importante fue trabajar con la cantera. Lo pudimos hacer gracias a un gran grupo humano de entrenadores como Pere Marqués y directivos que hicieron posible que desde entonces Menorca sea mi segunda casa. También empecé a estudiar Ciencias Políticas, pero lo dejé, y al acabar la temporada, a través de Miguel Angel Forniés, me puse en contacto con Jack Schrader, al que acababan de nombrar *head coach* del equipo de la universidad de Northeast Missouri State, y le pedí trabajar con él una temporada.

Jack fue uno de los mejores jugadores estadounidenses de la Liga Nacional de Primera División en la época en que se admitía sólo un extranjero por equipo.

Además de ser un excelente jugador, Jack se asentó en Badalona, se identificó con su club, el Cotonificio (por el que fichó tras haber debutado en España en el Mataró) y empezó a hacer sus pinitos como entrenador en la Escola de Bàsquet del Sant Josep de Badalona, club en el que jugué durante más de diez años y en el que tuve como entrenadores a Alfred Julbe, Pedro Martínez y Trifón Poch entre otros muchos.

Cuando Jack me respondió que me esperaba en Missouri, no me lo pensé dos veces.

Aterricé en Estados Unidos con un nivel de inglés que yo creía que era básico, pero en apenas unos días me di cuenta de que ni eso. Además, en el equipo había muchos jugadores negros, y pillar el *slang* que hablaban entre ellos aún me costó más. Claro que en realidad los primeros días tampoco entendía a los blancos...

La lógica del baloncesto universitario no la entiendes hasta que estás inmerso en ella: los medios, la competición, la tipología del jugador... Todo es tan diferente, que una vez allí te atrae mucho. Llegué ignorando ese mundo, claro, pero con una capacidad enorme de absorber y asimilar cosas.

Formé parte del *staff* técnico de la universidad sin rango profesional. Recibí, eso sí, unas ayudas (digámoslo así) para instalarme allí, entre ellas una casa que estaba muy bien, a doscientos metros del campus de la universidad. Yo ya sabía que aquella experiencia no iba a ser económicamente interesante ni mucho menos, pero sí una inversión de futuro. Y fue un año fundamental en muchos aspectos. Tanto para desmitificar cosas como para darme cuenta de otras en las que aún hoy en día aquí estamos a años luz.

El equipo de la Northeast Missouri State University era de un nivel medio en la División II. En cambio, académicamente la universidad estaba muy bien considerada. Para entrar en ella se exigía un 3,5 de media

sobre 4, sin excepciones. Bueno, alguna sí, como la de Joseph Kalimba, un rwandés de 2.12 al que el FBI había rescatado milagrosamente de la guerra tribal de los tutsis. Joseph (hijo del rey de su tribu) había vivido el asesinato de once miembros de su familia más directa.

El equipo no era muy competitivo, y con la llegada de Jack se inició un ciclo de cambios tanto en la forma de entrenar como en la de dirigir. Había poco talento y pocos *freshman* reclutados por Jack, por lo que no era un equipo para ganar pero sí para mejorar. Recuerdo que Jack siempre bromeaba diciendo que "no la metemos pero todos saben por qué", aludiendo a la supuesta inteligencia de nuestros jugadores en una temporada en que ganaríamos pocos partidos. Dos años después Jack llegó a la Final Four de la Division II.

Todo lo que se hacía se cuidaba a la perfección. Un ejemplo eran los partidos que jugábamos en nuestro pabellón. Dos o tres días antes nos entregaban el horario de la jornada, en el que estaba planificado todo hasta el más mínimo detalle, incluso el minuto en el que por megafonía iba a sonar tal o cual canción, en qué momento habría hielo en el vestuario, cuándo y quién cantaría el himno, y cosas por el estilo.

Era una universidad pequeña pero disponíamos de muchos más medios que la mayoría de equipos de la LEB, por ejemplo. Todo muy organizado: las instalaciones, las salas de recuperación, fisioterapia y musculación, los desplazamientos... todo estaba perfectamente estructurado. Allí el entrenador sólo tiene que seguir la agenda: la hora de ir a la sala de vídeo, en la que todo estaba preparado, la hora de acudir a una conferencia de prensa, de dar una charla...

Llegué a la universidad a principios de agosto, pero en la NCAA está prohibido realizar entrenamientos antes del 15 de octubre, de modo que lo que empezamos a hacer fue preparar la pretemporada y, aunque parezca

increíble, empezar a recabar informes de jugadores para la siguiente campaña. En la División II cada entrenador tiene cuatro o cinco ayudantes, pero en Northeast Missouri State éramos sólo tres: Jack, su ayudante oficial y yo.

Al igual que las universidades de máximo nivel, las de División II o División III también pueden reclutar jugadores. Pero evidentemente las menos potentes se deben contentar con rastrear lo mejor posible el mercado más lejano y encontrar un jugador *internacional* que marque diferencias. Continuamente nos llegaban informes por fax ofreciendo jugadores con todos sus datos: nombre, edad, estatura, puesto, *high school*... Si considerábamos que podía tratarse de un jugador potencialmente interesante, se pedía permiso al Director Deportivo de la universidad para visitarlo y éste daba su visto bueno para que nos desplazáramos hasta la localidad del jugador para verle en directo en un partido.

- ¿Cuántos kilómetros hay hasta allí?, nos preguntaban.

- Ciento cincuenta.

Y al día siguiente teníamos a nuestra disposición un coche de la universidad. En el garaje debíamos anotar las millas que marcaba el cuentakilómetros antes de salir, y posteriormente, al regresar, las que marcaba tras el desplazamiento. Sólo se podía ir a donde se había solicitado ir. Todo bajo la atenta amenaza de las estrictas *rules* de la NCAA.